

De Tipología Bélica y Otros Asuntos ¹

*Por el Dr. José MEDINA
ECHAVARRIA. — Colaboración
especial para la Revista Mexicana
de Sociología.*

AUNQUE el hecho tremendo de la guerra no ha estado nunca fuera del horizonte humano, cuando de ser un recuerdo o una amenaza pasa a la realidad de una presencia aguda, se renueva en algunos hombres el deseo de comprender ese fenómeno, y no sólo por simple curiosidad intelectual sino, como ocurre en todo pensamiento auténtico, por un ímpetu de acción, con el fin de encontrar quizá los medios de eliminarla, prevenirla, limitarla, o al menos, de precaverse de sus efectos. Así la guerra del 14 fué seguida de una abundante literatura, fracasada notoriamente en lo que se refiere a aquellos fines, pero no en sus propósitos de conocimiento. Y es natural que entre esos hombres interesados en el saber de tan pavoroso fenómeno destaquen los cultivadores de las ciencias sociales. Su aportación forma en conjunto lo que se llama “sociología de la

¹ Redactado este trabajo para una conferencia —Centro Español, 25 de julio de 1940— tal carácter influyó, naturalmente, no sólo en su estilo y arquitectura sino que impidió hacer los debidos reconocimientos y en la forma habitualmente erigida para los estudios con una mínima pretensión de seriedad. Al publicarla en su redacción original, he de hacer constar que entre mis últimas lecturas sobre este asunto debo las mejores sugerencias, principalmente a: W. Waller (edit). *War in the 20th Century*, 1940; H. Speier. (edit) *War in our time*, 1939; A. Vafts. *The history of Militarism*. 1937; y distintos artículos de las revistas: “*Social Research*”, “*American Journal of Sociology*” y “*Foreing Affairs*”. El libro clásico es todavía: S. R. Steinmetz, *Soziologie des Krieges*, 1929.

guerra". Pero es fácilmente comprensible por eso mismo, que ésta constituye un cuerpo amplísimo de temas y teorías, que no permite, por tanto, su confusión con el título de una modesta conferencia. No hay más remedio que afrontar un criterio de selección. Pero una vez aceptado, y elegido el problema, conviene antes ver a éste en el cuadro general donde se encaja. Las cuestiones más generales de una sociología de la guerra son éstas: causas de la guerra; efectos sociales que ocasiona; y significación histórica cultural de la misma. En la primera cuestión se encierran, desde las discusiones nunca acabadas sobre su posible arraigo en la naturaleza humana, hasta los análisis más concretos de sus factores determinantes: demográficos, económicos, políticos, etc. La segunda cuestión comprende el estudio de los problemas que plantea la repercusión desorganizadora de la guerra en la estructura social y en la personalidad humana. En la tercera se estudia la guerra desde la amplia perspectiva de la historia y abarca desde las indagaciones de evidente naturaleza filosófica, sobre su sentido profundo, hasta las investigaciones de detalle respecto de lo que haya podido aportar al desarrollo de la civilización humana en un momento determinado. Lo que voy a desarrollar se incluye en ésta última gran cuestión y es, dentro de ella, un pequeño fragmento. Ahora bien, no por eso deja de ser sumamente importante. Pues para plantearse lo que una guerra significa o puede significar para la historia y la civilización, hay que conocer de antemano a qué tipo pertenece. O dicho de otra forma, qué clase de guerra es.



Como toda investigación social, aquéllas que se enfrentan con las cuestiones antes enumeradas sobre el hecho de la guerra, tienen un propósito práctico de comprensión y regulación. Lo que importa no es la brillantez mayor o menor de las teorías a que dan lugar, sino lo que éstas puedan traer para la inteligencia de un problema que interesa por igual a todos los hombres. Con este criterio es difícil eliminar a ninguna de ellas. Pero sí es posible, en la necesidad de elección, preferir aquélla que está más próxima a nuestras necesidades actuales. Y ninguna es más urgente que la de comprender con un poco de lucidez el tipo de guerra que estamos viviendo. Se trata, pues, en su aspecto teórico, de lo que se llama la tipología de la guerra, y en su aspecto práctico o de orientación para nuestras vidas, de poner en claro ciertos caracteres de la guerra actual, que nos permitan explicarnos el por qué de nuestros padeceres pasados

y aún posibles y, más que nada, anticipar dentro de ciertos límites las posibles tendencias de un conflicto al que sigue ligado nuestro futuro. Dicho en forma directa, lo que más nos interesa es entender la guerra que estamos viviendo. ¿Tienen explicación ciertos hechos que nos dejan perplejos y para los que no acertamos a encontrar precedente? ¿Son, en realidad, radicalmente nuevos y originales? Y sobre todo: ¿qué podemos esperar del día en que acabe?

Basta una idea somera de la historia para recordar que no todas las guerras han sido iguales, ni en sus consecuencias ni en el modo como se han realizado. Los historiadores y los sociólogos nos ofrecen algunas agrupaciones teniendo en cuenta ciertos caracteres comunes. Tales agrupaciones o tipos no agotan nunca la realidad, pero son la ordenación indispensable para intentar entenderla. Con ellas como instrumento, nos preguntamos: ¿a qué clase o tipo pertenece la que estamos viviendo? Ahora bien, la mayoría de los que estamos aquí tenemos la posibilidad de prescindir por un momento de estas categorías o andaderas intelectuales y acudir a nuestra experiencia directa. Pues, en efecto, fué entre nosotros donde empezó y con todos sus caracteres al desnudo, aquellos precisamente que ahora nos interesan. Nuestra experiencia es la de una guerra civil¹ no propiamente la de una guerra internacional, pero son los caracteres de aquélla donde está la clave para comprender la internacional que la continúa. Son ellos los que nos permiten decir propiamente, más que la presencia de beligerantes extranjeros, que las dos son una y la misma.

¿Y qué es lo que hemos vivido? Sabemos, sin necesidad de que nos lo cuenten, que una guerra civil es, por una parte, la ruptura de una comunidad, escindida en partes abismáticamente separadas, que se traduce, por otra, en una lucha implacable y sin cuartel. La comunidad se ha roto cuando ha dejado de existir una lealtad común; no hay nada, temporalmente al menos, que esté por encima de los combatientes ni nada que los una; ha dejado de vivir el núcleo mínimo de creencias y valores compartidos. Por tanto, abierta la lucha, ésta no puede ser ni apaciguada ni aplacada; sólo puede terminar con la derrota completa de una de las partes, el agotamiento recíproco o la transacción impuesta por una fuerza externa. Pero mientras tanto, el combate es inexorablemente feroz y exento de toda norma. Es decir, absoluto y totalitario. El sustrato psicológico de este carácter reside en la definición del enemigo. Este es, en realidad,

1 Alusión a la española de 1936.

la encarnación del mal, de lo radicalmente abominable, de lo que nos horroriza y no podemos nunca admitir. En general, las dos partes tienden a esa definición, pero basta con que la declare y sienta una de ellas: los efectos son los mismos. Este enemigo abominable es, en una palabra, el enemigo total, que sólo merece exterminio o sometimiento sin condiciones. El carácter absoluto de este enemigo se extiende, en consecuencia, a las formas mismas de la lucha y su término. En este sentido, las guerras civiles suelen aproximarse al tipo puro de la guerra absoluta y auténticamente totalitaria.

El concepto de la guerra total es también, como es sabido, un concepto militar. A él se llegó, como fruto de la guerra pasada, en el intento de adaptar nuevas formas de estrategia al desarrollo técnico, real o previsto. Sus descripciones populares nos han puesto por muchos años los pelos de punta, pero el hecho es que muchas de aquellas escalofriantes anticipaciones no han sido realizadas. No nos incumbe ahora averiguar el porqué, ni tampoco insistir en los aspectos militar y tecnológico, por interesantes que puedan ser, de la guerra totalitaria. Lo que nos importaba era su condicionamiento social, y en ese plano guerra totalitaria equivale a guerra civil. La hipótesis, pues, es que nos encontramos en presencia de una guerra civil internacional. O más precisamente, de una contienda civil de la comunidad europea, que pudiera extenderse a la gran comunidad occidental. Si la hipótesis es viable nos servirá para explicarnos la particularidad de sus manifestaciones y quizá nos ayude, también, a prever con alguna probabilidad aquellos de sus resultados que nos importan por bajo de la superficie histórica. Pero antes retornemos a las andaduras que dejamos abandonadas. Entre las clasificaciones más acertadas y recientes de los tipos sociales de guerra, tomemos ésta de Hans Speier. Distingue la guerra absoluta, la guerra instrumental y la lucha agonista. La *guerra absoluta* se caracteriza "por la ausencia de restricciones y regulaciones en el uso de la violencia, la perfidia y el terror". Las campañas coloniales han encarnado casi siempre con bastante pureza este tipo, y lo mismo las llamadas guerras ideológicas. Las *guerras instrumentales* se proponen la derrota, más que la aniquilación, del enemigo, pues su propósito es la obtención de valores que éste posee. En general, sus motivos son económicos. Y aunque pueden alcanzar grados de ferocidad semejantes a los de la guerra absoluta, por lo regular en estas guerras se aceptan ciertas restricciones y limitaciones. Es fácil comprender por qué, pues, si se persigue la explotación de valores, es-

pecialmente económicos, que el enemigo posee, es antieconómica no sólo la destrucción de éstos, sino del enemigo mismo, que puede ser en su hora convenientemente utilizado. La regulación está, pues, condicionada por una situación de intereses, forma también muy frecuente en otras clases de regulación social. Mas, aunque evidentemente ajena a toda valoración moral y dominada por criterios de egoísmo y conveniencia, a ella se le debe, sin embargo, una considerable aminoración de violencia y rapiña. Tanto que la mayor parte de las normas del llamado derecho internacional, se limitan a traducir estas regulaciones nacidas de la conveniencia y del motivo análogo del temor a la represalia. La *lucha agonista* se caracteriza por su riguroso sometimiento a ciertas reglas. Los contendientes participan en determinados valores comunes que están por encima del conflicto y lo regulan. La lucha agonista toma un aspecto caballeresco y una significación simbólica; su resultado, la victoria, revela un principio de justicia. Los ejemplos históricos de cada uno de estos tipos sólo pueden señalarse con aproximación, pues nunca los encarnan con toda pureza. Por lo general, como en toda tipología, la realidad ofrece más bien formas mixtas. Así, la guerra entre potencias de la Europa moderna son quizá una mezcla, en proporciones variables, de conflicto agonista, y de guerra instrumental; por una parte, la homogeneidad de la cultura europea y de las clases gobernantes que eran su soporte, daba a esas guerras cierto carácter agonista, pero por otra también aparecían en ellas regulaciones características de la guerra instrumental. Las guerras caballerescas de la Edad Media y las guerras de religión de la Edad Moderna se aproximan, por el contrario, a los tipos puros, respectivamente, de la lucha agonista y de la guerra absoluta.

Al definir antes de estas consideraciones, a la presente guerra como una guerra civil internacional, equivalía ello a calificarla incluso en el tipo de guerra absoluta. Y así se hace con acierto por la gente cuando hablan de ella como de una guerra ideológica. En cuanto tal, tiene cierto parentesco con las guerras de religión y las guerras napoleónicas, ejemplo anterior de guerras de ideología. Ahora bien, las guerras ideológicas, junto con las campañas coloniales, representan la realización pura o bastante aproximada del tipo de guerra absoluta. El actual conflicto, pues, en cuanto ideológico y civil, tendría que encarnar con toda pureza el tipo de guerra absoluta; o sea, sin regulación alguna “de la violencia, la perfidia y el terror”. ¿Es esto cierto? No, porque como era de esperar, tiene también un marcado aspecto de guerra instrumental. Es decir, como

siempre, la realidad es mixta y matizada y no se deja abrazar plenamente por una categoría.

Veamos, pues, cuál es el fundamento de esas dos notas y algunas de sus manifestaciones más notorias. Su carácter absoluto depende de su aspecto de guerra civil o ideológica y su carácter instrumental se deriva de su aspecto de lucha hemegónica e imperial, un eslabón más de la larga serie de los conflictos de esa naturaleza. Como en toda guerra civil, ha habido una ruptura de una comunidad cultural, la europea, que se ha escindido, temporalmente quizá, en dos partes irreductibles. El núcleo común y mínimo de convicciones y creencias que había vuelto a aglutinar la comunidad occidental después de la tremenda rajadura de la Reforma, ha dejado, por el momento, de existir. Y los contendientes, aunque con desigual vigor, oponen esbozos de lo que pretenden ha de ser el nuevo núcleo de convicciones y valores. Examinar aquí con detención este lado ideológico y cultural nos apartaría del tema; contentémonos con los hechos mismos. Sí, en cambio, conviene observar un fenómeno paralelo y relacionado con él, ya que no condicionante. Se trata de que no sólo ha habido una quiebra cultural o espiritual, sino también una ruptura de la homogeneidad social en las capas dirigentes de los distintos Estados europeos. Es decir, que los elementos gobernantes de esos países pertenecen hoy a clases, o si quieren ustedes, a estratos sociales diferentes. Este hecho, que sólo puedo apuntar, puede que sea considerado algún día de una importancia considerable. Antes, hasta la guerra europea del 14, no sólo existían convicciones europeas comunes, sino que el soporte de las mismas estaba constituido por hombres que, unidos por encima de sus pertenencias nacionales por usos, tradiciones y maneras generales, constituían en realidad una capa internacional o, más propiamente, cosmopolita. Desde los grupos aristocráticos gobernantes, hasta los industriales y militares profesionales. Esta homogeneidad de condición o rango entre los elementos gobernantes es lo que tampoco existe ya. Puede compararse lo ocurrido, de esta suerte, en el plano de los conflictos de potencias, con lo que ha tenido lugar en el plano nacional de las luchas parlamentarias. El Parlamento, que funcionó sin dificultad alguna en la época liberal merced a la homogeneidad social de sus componentes, comenzó a renquear cuando los partidos tuvieron carácter de clase; sus oposiciones agudas no encontraban vehículo apropiado en la dialéctica de la ordenada discusión anterior.

Pues bien, aquella ruptura en la homogeneidad de las capas gobernantes, además de reflejarse, por ejemplo, en la estrategia diplomática, ha contribuido, sin duda alguna, a modelar la definición del enemigo que mantienen hoy los beligerantes. Este es, como en las guerras civiles, abominable y total. *Satánico*, adjetivo en que, no por casualidad, coinciden ambas partes.

Pero además el conflicto, como es notorio, es una pugna hegemónica, que acaece dentro de condiciones históricas y sociales muy diferentes de las que privaban durante otras luchas semejantes anteriores.

Consecuencia de esa doble circunstancia son los aspectos relativamente originales, desconcertantes, y nuevos en algunos puntos, de la guerra que vivimos, y que sólo podré examinar muy someramente. Conviene enunciarlos de antemano: se manifiestan, por una parte, en cuanto guerra absoluta, en el uso predominante y casi declarado de la estrategia *seccional* y de las técnicas de arteria, y, por otra, en cuanto guerra instrumental, en la aparición de nuevas formas de conquista e imperialismo.

La arteria, la traición y el engaño no son cosas nuevas bajo el sol. Como tampoco acontece ahora por vez primera que una pugna por la hegemonía vaya acompañada de una infiltración ideológica. De lo primero hay, por desgracia, ejemplos abundantes y variados. Respecto de lo segundo, recordemos tan sólo, por más próximo, el papel que jugó la ideología liberal en la expansión imperialista de Inglaterra. Lo que podríamos llamar casi nuevo es la importancia y el matiz que ahora toman.

Lo que nos separa de otros tiempos es la distancia que va del espionaje a la quinta columna. El término de quinta columna es un hallazgo español, como lo fué la palabra liberal; nuestra inventiva parece tener un adverso destino, pues si universalizamos la palabra liberal apenas pudimos nunca realizar de un modo estable su contenido, y no parece que este nuevo acuñamiento vaya a sernos, tampoco ahora, de gran beneficio. Ahora bien, lo importante es que ese término se partea en los dolores de una guerra civil, no siendo por tanto casual su generalización posterior. La quinta columna es un elemento de la "estrategia ampliada" o guerra seccional, al mismo tiempo que síntoma de una profunda crisis social. Porque sólo puede ocurrir como forma organizada de traición en gran volumen, cuando se cuenta con la existencia de amplios grupos que, por su pasión política exacerbada, son ciegos a los intereses y valores comunes de la nación a que pertenecen. "A través de la historia las quintas columnas han hecho su aparición en las guerras civiles y religiosas,

cuando los enemigos no se encontraban separados por fronteras geográficas, sino por lealtades hostiles". La auténtica tragedia de esa situación se ofrece, en consecuencia, en aquéllos que a pesar de todo creen obrar de buena fe. La inmoral astucia ajena está en la explotación de esa circunstancia; más no aparece como tal por el completo aniquilamiento de valores morales comunes.

En otros tiempos, el triunfo sobre el enemigo provocando de antemano su disgregación interior se hubiera considerado procedimiento inno- ble y desleal y quizá peligroso. Seguía vigente el respeto, externo por lo menos, a la idea de soberanía. Siempre han existido técnicas menores de arteria, desde la presión diplomática al espionaje, pero se mantenían encubiertas, silenciadas y dentro de ciertos límites. Jamás ningún hombre de Estado se atrevía a reconocerlas como tales, ni menos, a hacer gala de ellas. Nada lo revela mejor que la comparación de *status* entre el espía y el *quisling* o, si se quiere, de los fondos de reptiles a los fondos de propa- ganda y acción exterior. Los "reptiles" han sido en toda ocasión extre- madamente útiles y ningún gobernante ha hecho asco a su empleo; pero ya en aquella calificación se traducían las convenciones sociales dominan- tes que sobre ellos pesaban, y jamás fueron considerados como caballeros, gentlemen, Herren u otros títulos de las gentes de honor. Lo mismo pa- saba con los espías, los cuales, a pesar de sus inestimables servicios, nunca fueron recompensados públicamente en esa calidad. Los gobiernos se desentendían oficialmente de su suerte cuando eran atrapados y las nor- mas del derecho internacional declaraban en palabras la desaprobación teórica de métodos de fraude, atentatorios a la soberanía y al honor na- cionales. A pesar de su aparente hipocresía, esos hechos revelaban la vigencia de ciertas convenciones y principios comunes. Pero si el espía nunca pudo ser públicamente honrado como tal, el quisling moderno, por el contrario, disfruta del *status* más honorable. Puede exhibir condeco- raciones de la más alta estima y ser admitido a la comensalidad de "los grandes". El espía llevaba en secreto y encubierta su peligrosa y menos- preciada tarea; el quintacolumnista exhibe, a veces, orgullosamente sus manejos, en méritos de su confusión entre sus convicciones e intereses propios con los intereses de una potencia extranjera. Por eso el espía constituía, a menudo, un instrumento sumamente costoso, mientras que el quintacolumnista es con frecuencia un medio extremadamente barato. Así pululan hoy por doquiera los agentes gratuitos, tan generosos como in- conscientes, de estos o los otros intereses de potencias extrañas.

Lo que antecede sólo son algunas notas para la sociología de la quinta columna, que está todavía por hacer y que sólo podrá ser llevada a cabo algún día, con mayor distancia, datos más completos y ya calmadas las pasiones. Pero no huelga una observación más. Y es que la quinta columna, como elemento de la guerra seccional, representa el momento en que los Estados de masas se apoderan de los principios maquiavélicos de gobierno que antes fueron patrimonio de reducidas minorías. Mucho antes de que surgieran a superficie estas manifestaciones, que son ya experiencia de todo el mundo, agudos pensadores habían señalado el tremendo peligro de la adopción por las masas activas de las máximas maquiavélicas de gobierno, imperantes con intensidad mayor o menor desde la fundación del Estado absoluto. Pues el maquiavelismo del Príncipe o de los hombres de Estado tenía sus limitaciones en el conflicto mismo que suscitaba la dualidad de los criterios morales rigurosos ante que se inclinaban aquellos hombres. Dicho en otra forma: la moral política maquiavélica nunca pudo realizarse de un modo puro mientras subsistió, más o menos tibia, la moral tradicional de la comunidad europea. Con la irrupción del Estado de masas, un ultra-maquiavelismo sin restricciones domina como el criterio único de la acción política, nacional e internacional: invade y tiñe la estrategia militar, el juego de las cancillerías y aún las fórmulas propuestas de un supuesto y nuevo derecho internacional.

Leía en estos días en nuestro Saavedra Fajardo una de las últimas y más bellas defensas del Estado moral. España, con todas sus faltas, quedará siempre reivindicada, porque fué el sostén obcecado y tardío de ese ideal universal donde quebró su destino. Pero, además, no creo que haya corazón español que merezca ese nombre, que no sienta ese ideal centenario como uno de los elementos vivos de nuestra más auténtica tradición. Quiero cerrar este paréntesis con unas palabras del gran murciano que, por su agudeza analítica casi más que por su belleza moral, son normas de esperanza en nuestra actual turbación: “No se pierden los hombres porque no saben ser malos, sino porque es imposible que sepan mantener largo tiempo un extremo de maldades, no habiendo malicia tan advertida que baste a cautelarse sin quedar enredada en sus propias artes”.

Hübiera querido decir algo sobre la paradójica textura de la ideología que hoy acompaña ciertas pretensiones imperiales y compararla

con las ideologías que estuvieron unidas a otras pugnas hegemónicas, pero me urgen cuestiones de hecho más importantes.

En primer lugar las nuevas formas de conquista que aparecen en esta guerra, y que es necesario explicar racionalmente. El hecho bruto es harto conocido. Hoy existen "colonias europeas" de otra potencia del mismo continente, lo que significa una forma evidentemente inédita de coloniaje. El problema es este: ¿cuáles son las condiciones histórico-sociales de ese nuevo tipo de conquista más o menos temporal?

Conquista significa siempre la apropiación de valores ajenos por un acto de fuerza y su explotación en beneficio del conquistador. Esos valores pueden ser de todas las clases que quepa imaginar, pero por lo regular han sido económicos. Por eso, la conquista evoca normalmente la apropiación de un territorio ajeno en mérito de su riqueza actual y potencial: suelo, materias primas, fuerzas de trabajo y tráfico mercantil. Ahora bien, esta definición general no basta para comprender los fenómenos concretos de la historia a que se aplica. Pues las formas de conquista dependen en cada momento de la estructura económica y social tanto del conquistador como de los países conquistados. La que tenemos delante corresponde a lo que puede llamarse la época de la autarquía. Es decir, la "colonización" de países limítrofes y próximos, en un grado de civilización equivalente a la de la potencia conquistadora, está condicionada por la pretensión de hacer autosuficiente al país conquistador. Desde las formas de conquista más lejanas, a ésta ahora incipiente, pueden señalarse varios tipos. Por ejemplo, estos, indicados por Feiler; conquista primitiva, conquista en la era del librecambio y conquista en la época proteccionista. Los hechos son algo complicados, pero espero que la línea general del razonamiento se destaque con alguna claridad. En la época ascensional del capitalismo lo que interesaba era la conquista de países en un grado de civilización inferior, que ofrecieran en grados diversos esta cuádruple ventaja: control sobre materias primas indispensables, salida de los productos manufacturados propios, mano de obra abundante y barata e inversión de capitales con un alto beneficio. En cambio, mientras permaneció la estructura tradicional, económica y política, dentro del sistema europeo la posible conquista de un territorio limítrofe —prescindiendo de otros motivos— estaba muy lejos de reportar las mismas ventajas económicas. La anexión de un territorio próximo significaba en realidad, la anexión de un orden de propiedad que había de ser respetado y de un sistema de servicios que había que mantener en marcha. El respeto a los

principios de propiedad, derecho y libertad, hacía que las cargas equilibraran las posibles ventajas del país conquistador. Los propietarios del territorio conquistado seguían siendo los mismos; a los nuevos súbditos había que concederles iguales derechos de ciudadanía, una cierta participación política, por tanto, dentro del Estado ampliado, y el aumento de ingresos era aparente, por continuar invariables los gastos de los servicios tras pasados. El ejemplo típico en que vienen insistiendo todos los estudiosos es el de Alsacia y Lorena en sus sucesivas transferencias. Es comprensible, pues, que las potencias europeas proyectaran sus afanes de conquista sobre territorios extraeuropeos.

Simplificando las etapas de transición, observemos que esa situación era ya muy diferente en los días en que se acentúa el proteccionismo. Y es en la actualidad completamente distinta por la combinación de las pretensiones de autarquía con la quiebra del respeto a los principios de soberanía, propiedad, libertad y dignidad humana. Esta ha sido la mezcla auténticamente explosiva.

Sabido es que la autarquía es una pretensión de suficiencia económica, y por tanto, política y militar; pero no lo es menos que apenas son dos los países que puedan considerarse en realidad relativamente autárquicos. En consecuencia, aunque se haya podido concebir a la autarquía dentro de un ideal de paz —como evitación precisamente a los roces del intercambio mercantil—, es de hecho un factor de guerra cuando el Estado con pretensión de autarquía no lo es por sus potencialidades naturales dentro de su área territorial. En este caso motivos militares y económicos impulsan a la ampliación de esa área de manera contigua. La posibilidad de suficiencia se aumenta por la apropiación de la potencialidad agraria, industrial y minera de los territorios circundantes. Ya desde un punto de vista estratégico y militar las ventajas son notorias —“la potencia militar crece al aumentar la población y además, según la doctrina de la “guerra total”, al ampliar la dimensión del equipo económico el Estado será tanto más fuerte cuanto mayor y más diversificada sea la producción, cuanto más numerosas y eficientes sean sus explotaciones agrarias e industriales y sus medios de transporte, y cuanto más voluminosos sean los stocks de mercancías dentro de su territorio, pues todo esto, en conjunto, constituye su “potencial de guerra” (Feiler). Otras ventajas de orden económico derivadas de una ampliación del territorio no son difíciles de percibir, aunque ahora por su carácter técnico evite entrar en ellas.

En estas condiciones sólo falta la eliminación de ciertos escrúpulos para realizar las tendencias inherentes en la pretensión autárquica. El proceso de esa eliminación es complicado y la responsabilidad no es sólo de sus actuales beneficiarios. Pero no pudiendo entrar en ello, atengámonos nada más a los hechos presentes. Estos demuestran que aquella posibilidad teórica se ha realizado; y a la vista están las anexiones de países con un alto grado de civilización, lo que hemos llamado al principio, adoptando la expresión ya corriente, las “nuevas colonias europeas”. En cuanto a las técnicas de explotación y dominación, ya antes de las recientes experiencias, los estudiosos de los métodos de una potencia asiática en sus territorios conquistados habían podido ordenar y señalar con toda claridad el sistema posible. Las técnicas son muy refinadas y a menudo aparentemente legales, pero sus efectos, en general, son siempre: la desnacionalización y desvinculación cultural del pueblo sometido, y la expropiación a sus nacionales, de su propiedad y control sobre la tierra, la industria y la minería. Informaciones recientes —aún descontando lo que arrastran de propagandístico y aún concediendo el posible carácter transitorio de los hechos que estudian —confirman en sus grandes líneas las predicciones anteriores. Confirman, en una palabra y en resumen, que nos hallamos ante un nuevo tipo de conquista. Naturalmente, esta es la razón de los aspectos “instrumentales” del presente conflicto, que imponen la aceptación de restricciones más o menos amplias, a tenor de lo que exigen conveniencias de diversa índole en cada caso concreto. En términos amplios —dice un estudio reciente— podemos hablar de dos categorías de territorios ocupados: los países cuyas individualidades políticas han sido prácticamente extinguidas por el conquistador y los países cuyo destino político está en suspenso por ahora (E. Hula). Es decir, existe ya toda una gama en las formas de explotación y dominación de las nuevas colonias que depende, por el momento, de puras conveniencias de la situación de intereses. Indican, pues, que las normas de regulación nada tienen que ver con valores morales o principios superiores.

Hay un aspecto incluido en lo anterior que quiero destacar, sin embargo, con carácter independiente. Me refiero, como aludí al comienzo, a la nueva forma o fisonomía de imperialismo que se está desarrollando. Los aferrados a la exclusiva interpretación económica de los procesos históricos se encuentran aquí en un grave aprieto, pues este nuevo imperialismo no puede ser apresado fácilmente con las categorías usua-

les. El aprieto se retrotrae a la explicación del origen del tipo de Estado que ha dado lugar a esta nueva forma de imperialismo. Pero no puedo entrar en estos detalles y, más que la causa, me interesa ahora una descripción de los efectos y sus características.

Un libro reciente de Gzabowsky ha distinguido tres fases en la evolución del imperialismo: la feudal, la comercial y la social. Esta sería, como reza el título, la última etapa del imperialismo. No conozco este libro sino por reseñas, y sólo me limito a aceptar la sugestión de un término con qué calificar el fenómeno de que les hablo. Se trata de esto: de que los beneficiarios de este nuevo imperialismo, aparte de las entidades públicas político-económicas del Estado conquistador, no son los capitalistas de viejo estilo, soporte del imperialismo hasta ahora conocido, sino capas sociales bastante dilatadas; o sea, las clases medias preferentemente. Y esto en el sentido de un disfrute físico y personal, o de contacto directo, a diferencia del contacto indirecto y puramente contable a que se atenían los beneficiarios del capitalismo comercial. Fenómeno que es simplemente una prolongación de la estructura político-social del Estado expansivo. Hasta el punto de que en países demográfica y culturalmente débiles podría suponer, a la larga, una auténtica eliminación de la población originaria. Nos encontraríamos ante un festín personal de las voraces y vigorosas clases medias del Estado hegemónico, o si se quiere de su numerosa burocracia. Cargos abundantes en la administración de los "protectorados", y en los puntos clave de su vida económica absorberían una abundante cantidad de técnicos y profesionales de toda clase. Tomemos de nuevo un dato conocido del Oriente y únicamente por lo que respecta a la burocracia: "Sólo un 48% del número total de las posiciones oficiales están ocupadas por coreanos, y del importe total de sueldos los coreanos sólo perciben el 22%". No es difícil adivinar quién se beneficia. Tendríamos así, en cierto sentido, una resurrección modificada del régimen prebendario.

El mecanismo de su incorporación no es difícil de imaginar. Es, simplemente, una institucionalización de la quinta columna. En ese proceso se produciría, por consiguiente, una nueva estratificación social. Señores y subseñores, o sea, miembros del Estado dominante y elementos adictos y probados del Estado dominado, con gradación en el *status*, integrarían los grupos superiores de la pirámide social. Hasta qué punto se han realizado ya ejemplos concretos, es cosa fácilmente comprobable. Por esta presencia física, real, de ciertas capas sociales del Estado ex-

pansivo entre la población del país sometido, es por lo que calificamos de social a la nueva forma de imperialismo que esto significa.

Queda con esto cerrada la descripción de las notas que perseguimos, necesarias para poder fijar la fisonomía o tipo de la conflagración contemporánea.



Las anteriores consideraciones eran en mi propósito una preparación o prólogo de la discusión de otros puntos, quizá menos abstractos, y, sin duda, más vitalmente interesantes. Pero la pluma se me ha escapado y me encuentro casi en los límites tolerables de espacio y paciencia. Sin embargo, aunque sea muy rápidamente, quiero ser fiel a mi proyecto inicial. Perdonen sólo la velocidad de la marcha. Quería examinar estas tres cuestiones: 1ª cómo este conflicto ha podido estallar, o sea porqué ha fracasado el llamado apaciguamiento —2ª, las tendencias en él implícitas que pueden preverse para el día en que acabe— 3ª, el sentido que puede tener esta guerra en el desarrollo de nuestra civilización.



La creencia en el apaciguamiento no sólo dió lugar a una política, amargamente fracasada, sino que fué una idea compartida por muchos hombres de pensamiento. La tesis era que unas cuantas concesiones satisfacerían ciertos apetitos y que luego, en la convivencia pacífica, irían lentamente siendo abandonados los extremos y los excesos. Sólo nos interesan los que así pensaban de buena fe, para ver cuál era su error fundamental. Por lo visto ha consistido en que no supieron reconocer a tiempo la naturaleza del nuevo Estado que creían amansar, pensándolo, una repetición del tipo autoritario de que la historia europea presenta numerosos ejemplos. Esta fué la equivocación casi universal de las clases conservadoras: no pudieron percibir la potencia revolucionaria de lo que ante sí tenían.

Alguien pensará que para explicar el fracaso del apaciguamiento basta con aludir a lo antes dicho sobre las notas de la guerra civil o absoluta. Pero aparte de que cometeríamos posiblemente una petición de principio, lo que nos interesa ahora es una forma de análisis más realista. Esta habría de desarrollarse dentro de una comparación de los caracteres de los *protagonistas* principales, al término de la cual veríamos que por causa de ellos el conflicto no podía ser aplacado, sino conducido inexorable-

mente hasta sus límites extremos. Siempre los países hegemónicos a la defensiva han sido menos activos que los nuevos pretensesores. Pero esta vez dinamismo y pasividad han llegado a grados de distancias desproporcionadas. Indagando un poco en esto encontramos, quizá también, ciertos elementos para una posible previsión del futuro.

El dinamismo de las potencias pretensoras —o, si se quiere con más exactitud, de la potencia pretensora— se explica sin dificultad por la naturaleza del tipo de Estado que la sostiene. Me referiré en lo que sigue únicamente al nazismo. Cualquiera de las interpretaciones, entre las más agudas, del origen y estructura del Estado nazi, nos explicaría holgadamente la alta tensión de su dinamismo y la imposibilidad de todo apaciguamiento, pues éste hubiera supuesto en todo momento la quiebra automática de su edificio político. Mucho más cuando —como aconseja todo análisis sociológico riguroso— no se toman aquellas interpretaciones con valor exclusivo, sino completándose y exigiéndose unas a otras. A mi juicio son tres las interpretaciones más aceptables que pueden ser extraídas de una voluminosa literatura. Una, de carácter económico, ve en aquel Estado la expresión política de una aspiración a la autarquía. Otra, de tendencia psicológico-social, lo considera como Estado de masas, en el sentido que luego diré. Y la tercera, de carácter sociológico-político, ve en los mecanismos del Estado en cuestión el tipo de la llamada dominación carismática. Las tres implican formas extremadamente dinámicas y en las tres el aquietamiento trae a la larga o a la corta su ruptura; siendo evidente que el sostén de ese dinamismo es mucho mayor cuando no se las considera como formas incompatibles, sino como aspectos o caras de un mismo fenómeno. Veámoslo con mayor detención, aunque sólo pueda ser cortísima.

No necesito repetir lo que antes dije sobre la autarquía y su conexión esencial, por el lado examinado, con la guerra. La imposibilidad de detener los efectos de esa conexión, una vez iniciado el camino, es bien clara. Estriba en esto: que la satisfacción con la autosuficiencia o autarquía, militar y económica, depende de que existe o no un enemigo de más vigorosa potencialidad. Dicho en otra forma, el proceso de sucesiva ampliación del área de autarquía sólo puede determinar cuando sea tan absoluta que ésta no encuentre antagonista posible. O sea, el Estado militar autárquico sólo con la dominación mundial puede ser apaciguado.

El Estado de masas, en el sentido de Emil Lederer, es aquél en que la sociedad —que es siempre diversidad de grupos, de personalidades

y de opiniones— se ha convertido en masa. Y ésta, tal como la entiende la psicología, como un agregado de predominante carácter emocional. Aquella conversión ha sido posible— sobre la base, naturalmente, de condiciones que no puedo examinar— merced a las técnicas de la propaganda moderna. Ahora bien, esas técnicas necesitan funcionar de un modo duradero, manteniendo continuamente renovada la excitación y la tensión emocional, si se quiere evitar que el aburrimiento y el cansancio despeguen a los hombres de la masa y al volver a sí mismos recuperen, con la independencia de su personalidad, la actitud crítica. El mecanismo del Estado de masas es, pues, un movimiento continuo. Pero ese movimiento sólo puede subsistir mientras no se agoten los motivos de excitación y los estímulos emocionales. Y aunque no pueda afirmarse que la invención humana de los interesados no haya de encontrar motivos renovados en épocas de paz, es evidente que la máxima tensión es la guerrera y el estímulo emocional más fuerte, el que provoca el enemigo. La necesidad de manejar como instrumento de dominación y cohesión el espectro o la realidad de una guerra es, pues, casi inherente y fatal en un Estado de masas. Y, por tanto, el apaciguamiento es también por este lado imposible, porque el reconocimiento de la satisfacción inutiliza su mecanismo psicológico más poderoso.

Dominación carismática es un término lanzado por el sociólogo Max Weber que tiene hoy aceptación general. Significa que la relación de mando, médula de toda dominación tiene en este caso una base irracional: la carisma, la “gracia”. El imperante, el jefe, es una personalidad en posesión de una potencia extraordinaria y extrahumana, lo que es la gracia en su sentido religioso; y los seguidores son los individuos vinculados a él personalmente en méritos de esa capacidad, por la creencia en su carisma. El jefe político carismático es un genio, un inspirado, que recrea la realidad en formas nuevas por actos extraordinarios en los que el éxito es la prueba y la garantía de su validez. Piensen ustedes, por ejemplo, en el Imperio plebiscitario de los Napoleones. Ahora bien, de todos los aspectos de este tipo de dominación, el que en este momento nos interesa es éste: que el jefe ha de renovar de continuo sus hechos extraordinarios, pero, además, con éxito, porque éste es la piedra de toque que confirma que sigue en posesión de la “gracia” que mantiene la fidelidad de sus seguidores. Dos fracasos seguidos, derrotas militares, por ejemplo, y la dominación carismática ha concluido. Pero no es necesario esto: el simple aquietamiento, la conversión de lo extraordinario en lo

ordinario y cotidiano, transforma asimismo ese tipo de dominación. Es el problema que Weber estudió detenidamente como el de la rutinización de la carisma. Por consiguiente y en una palabra, la dominación carismática es por esencia eminentemente dinámica: no puede dejar de serlo. La interpretación del nazismo como una dominación, más o menos pura, de ese tipo, confirma de nuevo lo que ya hemos visto dos veces: que en su aspiración política no podía ser apaciguado so pena de hacer rutinaria y cotidiana, transformando la fuerza atractiva de su jefe. En el horizonte se hubiera dibujado inevitablemente una nueva estructura política.

Ahora bien, obsérvese lo que estos caracteres arrastran también consigo para el caso de un triunfo: el germen a la larga de su propia aniquilación. Pero sobre esto quisiera volver luego. Bástenos aquí con insistir, como resumen, en que todos ellos, separados o conjuntamente, exigían la expansión indefinida y la quiebra de cualquiera ilusión de apaciguamiento.

La pasividad de los antagonistas no estaba menos condicionada igualmente por su estructura político-social. Los matices que un análisis más extenso tendría que tomar en cuenta no pueden ser recogidos ahora. Lo fundamental es que la pasividad estaba inserta en lo que llamaremos “Estado democrático rezagado” o de “liberalismo arcaico”. La falta de un núcleo firme de cohesión —notoria en el caído—, debilitadora de las decisiones, la autoridad y la visión a distancia, es prueba y manifestación a la par, de ese rezagamiento y arcaísmo. Debe entenderse por liberalismo arcaico aquél en donde los principios son pura herencia verbal, caparazón hueco y sonoro, creencia muerta, porque no fueron interpretados —es decir, revivificados, hechos carne otra vez— a tenor y ritmo de las nuevas circunstancias. Es inútil desgañitar frases solemnes que no llegan ya al corazón ni a la inteligencia, que no mueven ni conmueven, que en su viejo sentido perdieron todo valor instrumental para la vida. Por democracia rezagada debe entenderse aquélla en que el aparato externo no cubre ya con holgura condiciones reales que son distintas de las que existían cuando se formó. —Y hablo, téngase en cuenta, de Europa—. Democracia rezagada frente a las nuevas condiciones económicas y frente —y no es menos importante— a las nuevas exigencias emocionales y morales del hombre medio en la sociedad contemporánea. El Estado totalitario daba una solución —lamentable a todas luces— a esas nuevas exigencias. ¿Pero la había intentado en serio el antagonista? Su Estado era en realidad

un cuerpo reumático con los miembros entumecidos. La explotación de esa radical desintegración ha sido —hasta ahora— el arma decisiva de las potencias pretensoras. Y digo hasta ahora porque la trágica experiencia en la propia carne ha hecho que se reajustaran viejos resortes so pena de suicidio histórico. Tenemos aquí un proceso inverso del antes señalado. Y que no sólo es condición de la posibilidad de continuar la lucha, sino que en caso de triunfo tendrá que llevar, si se desea una esperanza de estabilidad, a una readaptación creadora de los languidecientes principios a las nuevas circunstancias.

En resumen, la situación real de los protagonistas al comienzo de la contienda, haciendo imposible el aplacamiento —como no fuera muy transitorio— de la parte activa, tenía que llevar a esta inexorable situación en que, como en las contiendas civiles, sólo había de terminar por el agotamiento mutuo, la rendición sin condiciones o la imposición de fuerzas externas. Pero esto último, tal como van las cosas, es improbable, pues no parece que los “marcianos” estén decididos a imponer su orden sobre la Tierra y sus sufridos habitantes.



En lo que queda, voy a pasar como sobre ascuas sobre las dos cuestiones antes enunciadas.



Inútil sería intentar profecías sobre el resultado del conflicto. Pero no se trata de eso, sino de algo más sencillo, aunque desde otro lado quizá más pretencioso. Lo que de esto tenga se elimina, sin embargo, asentando su carácter hipotético. Pues, en efecto, las tendencias subyacentes antes indicadas, y que operan de modo casi mecánico, nos permiten emitir ciertas hipótesis para el día no del triunfo propiamente, sino de la consolidación. Entonces es cuando tendrá que producirse, de alguna manera, aquella especie de simbiosis¹ entre el Estado totalitario y el Estado liberal, que algunos creían iba a poderse realizar sin llegar a la guerra. Cierto que estas consideraciones tan a la larga no son ningún consuelo personal ni alivio de nuestros individuales problemas dentro de la direc-

1 Evitemos malentendidos. Me refiero, naturalmente, a ciertas técnicas de organización política y económica impuestas, en realidad, por la situación contemporánea.

ción de una de las alternativas, pero aparte del goce de nuestro humano privilegio de vivir con lucidez en algunos momentos, es en la dirección de la otra alternativa posible todo un programa de acción, estímulo de las mejores energías de que podemos disponer. La tesis es que el triunfo de unos u otros, de venir seguido de la consolidación relativa que es toda vida histórica tendrá que significar la aproximación creciente, hasta dar lugar a una nueva entidad, de los principios que aparecieron antagonistas y contrarios en el punto de partida.

Nadie puede pensar sensatamente que de triunfar la expansión totalitaria, el *nuevo orden* pueda consolidarse con la factura del imperio asirio-babilónico que hoy presenta. Tendríamos que reanudar el hilo de las reflexiones meramente apuntadas antes sobre las tendencias que en el Estado totalitario implican a la larga su propia disolución. Una por una, empezando por la propia ideología nacionalista que propaga, nos mostrarían su esencial contradicción con un orden estable y pacífico. Mas imposibilitados de hacerlo, ustedes mismos —y sin duda con más agudeza que quien escriba— podrán llevar a su término las diferentes, pero paralelas, líneas del razonamiento. Pensemos, por ejemplo, en la imposibilidad de mantener por mucho tiempo el tipo de conquista que suponen las “colonias europeas”. Hasta aquí la experiencia colonial se había realizado con pueblos de civilización inferior, entendida ésta en el sentido occidental del atraso científico y técnico. Pero ahora se trata de pueblos de la misma tradición de cultura, con un adiestramiento equivalente en el pensamiento racional y en los intrincados secretos de la ciencia y la tecnología. Pensarán ustedes en el extraordinario valor que para las dominaciones de ese tipo tienen la coacción y la propaganda. Evidente, y nadie dice que el proceso tiene que ser corto. Pero observen que en ese caso nos encontramos con que son simples técnicas— la técnica de la violencia y la técnica psíquica del engaño y del fraude—; técnicas que, una vez inventadas y puestas en circulación, no sólo pueden ser aprendidas, sino anuladas más o menos con contratécnicas adecuadas. Nadie piense que la inventiva humana ha terminado, ni menos en pueblos próceres en el trance de una dura presión.

Tampoco puede subsistir indefinidamente el Estado de masas, porque en él está anulada la sociedad, y sin ésta, que es vida elástica y varia, inventiva y crítica, orden y movimiento, no puede darse ni continuidad histórica ni existencia individual decente y deseable.

En una palabra, el pretendido *nuevo orden* sólo podrá consolidarse y valer como orden cuando deje de ser lo que hoy es y aparezca como nuevo en su sentido auténtico, es decir, que incorpore en esfuerzo original a los moldes de los nuevos hechos, los valores permanentes de la tradición europea, y entre los cuales se cuenta en la libertad, en una u otra forma, la dignidad de la persona humana. Entonces... ¡Ah! Pero es en lo que va a anteceder a ese entonces, donde está precisamente el significado de lo que puedan ser nuestras preferencias inmediatas.

Y lo mismo se dará en el lado contrario. Nadie piense tampoco que el triunfo de las fuerzas defensivas y de continuidad puede ser duradero, si no consolida para todas nuevas formas de vida y de creencia, si no se apresta a organizar lo desorganizado y no insufla en los principios heredados la energía perdida. Una severa disciplina será necesaria para que los hombres recuperen el mínimo indispensable de conformidad, sin la cual la sociedad perece. Así como una inteligencia enérgica de las nuevas condiciones será necesaria para que esos mismos hombres recobren el ámbito indispensable de libertad, responsabilidad y confianza, sin el cual el individuo deja de ser persona humana. No es posible pensar la persistencia indefinida de un imperio asirio, pero tampoco es posible la continuación por largo tiempo de la anarquía internacional y económico, ni que se den duraderamente aquellas situaciones en que las grandes potencias responsables, por egoísmos mezquinos, piensan que pueden abandonar impunemente en trances de agonía a otras naciones cuya grandeza no se mide por su fuerza, o que los principios que invocan para su vida interior, no tienen validez fronteras afuera.

Pero si el resultado, a la larga, es el mismo, sean más o menos dolorosos los caminos, ¿qué quiere esto decir? Quiere decir que las consecuencias inmediatas del conflicto serán las mismas de toda guerra civil: a su término sólo se encuentran, intensamente agravados, los mismos problemas que la provocaron. Y entre ellos, muchos más serios que los de orden material y mucho más tenaces, son los que atañen a la reconstrucción moral del hombre, aniquilado en los resortes más profundos de su personalidad. Y si alguien puede señalar algún beneficio, verá que se ha obtenido a un precio demasiado caro.



Es, pues, muy improbable que esta guerra signifique nada decisivo en un desarrollo ascendente de nuestra civilización. Es decir, todavía

en un plano más alejado, contestamos de esa suerte a la pregunta sobre el significado histórico del presente conflicto. El tema exigiría dilatadas páginas; pero no las tengo escritas. Es evidente que algunas guerras han sido un elemento constructivo en el proceso de la civilización; piensen en el tránsito de la tribu a la nación. Pero ¿no es menos cierto que en el momento actual se dan problemas de desarrollo similares al que significó aquel tránsito? Evidente también. Lo que es problemático es que puedan ser resueltos por esta u otra guerra. Sólo puede preverse razonablemente un resultado, y éste de carácter negativo: la abdicación de la hegemonía europea.

En la gran dimensión del tiempo histórico es lo más posible que los acontecimientos que estamos viviendo y los que les han precedido, tengan una importancia muy pequeña, quizá hasta aparezcan como insignificantes. Son, seguramente, convulsiones en un momento de crecimiento de la civilización humana y precio, como siempre, de inventos del hombre que exceden por algún tiempo su capacidad de adaptación. Comparables a este momento son sólo tres o cuatro en un curso de milenios. Tenemos ahora las consecuencias de una de las revoluciones auténticas de la historia, la que inician sobre la tierra la ciencia y la técnica. El mundo se ha contraído y en cada uno de los países que se tenían como más avanzados, la organización social y las formas culturales heredadas están en desequilibrio frente a los efectos revolucionarios de la ciencia y la técnica. Los tremendos problemas del reajuste exigido: la conjugación del espíritu con la ciencia, de la libertad con la planificación, de la organización mundial con la diversidad nacional, parecen exceder, por ahora, la voluntad y la inteligencia del hombre actual. Quién sabe por cuanto tiempo. Por eso los modelos políticos que se nos exhiben como nuevos, no pasan de ser incidentes transitorios de esta crisis de adaptación, pero en modo alguno anuncio de la nueva era.

Mientras tanto, nadie puede esperar los tiempos tranquilos que el hombre ansía. Aquéllo que fué, no vuelve. Lo probable es que entremos en una etapa más o menos larga de Estados "guarnición", que se distinguirán únicamente por la medida en que conserven ciertos valores y tradiciones, y tenga la vida en ellos mayor o menor decoro. En la relatividad, sin embargo, cabe la elección, y en ella se pone nuestro personal destino.